

MARY HEMINGWAY

Mary Welsh, viuda de Ernest Hemingway, está de nuevo en Madrid después de nueve años de ausencia. Sin rifles, sin pasaje para Africa y, por tanto, sin perspectiva de "safari", Mary Hemingway vive sola en su cuarto de hotel. Sobre la mesa de escri-

bir está abierto un libro, que lee y anota: "Muerte en la tarde".

La viuda de Hemingway ha venido acompañando al productor Lestar Cooper, de la American Broadcasting Corporation, que prepara un largo documental, para la televisión americana, sobre la España de Hemingway. En estos primeros días ha hecho ya centenares de kilómetros en automóvil para localizar los escenarios del rodaje.



Los amigos del Premio Nobel desfilan por el hotel donde reside la que fue mujer principalísima en la vida de Hemingway, hasta tal punto que éste

ha dejado escrito: "Mary es eterna. También es valerosa, encantadora, aguda y agradable a la vista. Constituye un placer estar junto a ella y es una buena esposa. Es cocinera, fotógrafa de categoría, vigorosa nadadora, estupenda jardinera, aficionada a la astronomía, estudiante de arte, economía, swahili, francés, e italiano, y puede gobernar un barco o un hogar al estilo español. Puede también cantar con voz potente, bien modulada y educada; conoce a más generales, mariscales del Aire, políticos y personas de importancia que yo a comandantes de compañía muertos, comandantes de antiguos batallones, rumiantes, coyotes, perros de la pradera, liebres americanas, conserjes de salones, pilotos, apostadores de caballos, escritores buenos y malos..."

Mary y Ernest Hemingway se conocieron en París, cuando ella era corresponsal de "Collier's", en la última guerra europea. Durante los veinte años al lado del escritor, fue su secretaria, compañera de pesca y de "safaris", mecanógrafa y en todo momento la consejera mayor de aquel gigante.

—¿Qué ha quedado inédito entre los papeles de Ernest?

—Cuarenta libras de manuscritos. De todo ello creo que aún se podrá publicar una novela. Cumplo fielmente su deseo al revisar sus papeles; la obra que se publique ahora debe superar las ya conocidas por sus lectores, de manera que yo consulto con los críticos y con la conciencia, pues la responsabilidad de lo que se decida es mía.

—¿Cuál es su sistema de selección?

—No añadir nada. Puedo quitar párrafos, eso sí, con lo cual daré siempre un original íntegramente escrito por él.

Mary Hemingway se ha incorporado de nuevo al periodismo, y en la actualidad publica largos relatos en "Holiday" y "Maccolls".

—¿Ha pensado en escribir sus Memorias?

—Sí, casi todos los días trabajo en ellas. Ahora mismo tengo ya unas ochenta mil palabras.

Tres meses al año deja su apartamento de Nueva York y se retira a Ketchum, Idaho, Estados Unidos, donde Ernest murió hace siete años.

—Estoy muy contenta de volver a ver a tantos amigos. Y con mucha gratitud para Pamplona, donde ahora van a dar el nombre de Ernesto a un paseo. En Nueva York tengo la fotografía de esa vía pamplonica, que muy amablemente me han enviado.

—¿Y la finca "Vigia", de San Francisco de Paula, en Cuba?

—Se ha convertido en Museo Hemingway. Yo he podido sacar algunas cosas; pero todas las demás, la biblioteca de libros españoles, los trofeos de caza, el armero, las cañas de pescar, nuestros gatos y muchas

cosas más, pueden ser contempladas por el visitante.

Mary Hemingway, por primera vez, vive en España sin Ernest; pero no está sola. La reconocen y la saludan los escritores jóvenes, los camareros de las tabernas, los limpiabotas, los toreros, los taxistas de Madrid, porque entre todos ellos era popular el matrimonio Hemingway.—Marino GOMEZ-SANTOS.